

## NADA ES ETERNO, O SÍ

Me hice mayor, muy mayor. Quizás demasiado.

Los años se escurrieron entre los surcos de mi rugosa piel y mis cicatrices como si fueran gotas de lluvia, recordándome que el tiempo pasa de forma inexorable, sin delicadeza, aunque, por extraño que pueda parecer, en ocasiones llegué a pensar que el propio tiempo no tuvo tiempo de pasar por mí.

Nací hace 100 años, circunstancia por la cual, y sin querer hacer ningún comentario jocoso sobre la imaginación de sus autores, acabé ganándome el apelativo de “El Centenario”.

Conocí a muchos habitantes de Garciaz, mi querido pueblo, y aún albergo la esperanza de conocer a unos pocos más, aquellos que vienen de camino en el seno de sus madres.

Mis recuerdos se pierden en la noche de los tiempos, pero sé que bajo mi copa han acaecido hechos fabulosos, unos buenos y otros no tanto, como cuando Facunda se sentó a mi lado y, apoyando la espalda sobre mí, dio a luz a la primera de sus hijas, Laurita, una niña que siempre quiso jugar a mi amparo. O cuando Leopoldo y María, a los que siempre guardaré el secreto, hicieron el amor en mi regazo por primera vez. O cuando, sin comprender aún el porqué, un grupo de hombres del pueblo fusiló a cinco vecinos, muchachos en la flor de la vida que regaron mis raíces con su sangre. O cuando Zacarías dejó escapar su último aliento una noche de invierno, una vez que la helada congeló para siempre su alma herida y atormentada.

Lloré, reí y me estremecí como vosotros, no lo dudéis, aunque estuviera hecho de tierra, madera y agua. También fui oxígeno y fui sombra, hojas, frutos y ramas, el hogar de pájaros y otros seres extraños, alguno quizás proveniente de otro mundo.

Fui refugio.

Pero nada es eterno.

Una noche sin luna comenzó a soplar el viento, agitando mis ramas con fuerza inusitada. Algunas se partieron y cayeron al suelo, otras quedaron colgando de un fino filamento de madera. Al poco arreció la lluvia, furiosa también, la cual tornó pronto en un enloquecido enjambre de granizo que agujijoneó mis hojas de forma salvaje, sin compasión.

Y al fin pasó lo que tenía que pasar, después de lustros saliendo indemne de mil batallas contra el temporal, siempre a salvo de la furia de la madre naturaleza. De repente sentí cómo un latigazo de fuego partía mi cuerpo en dos, desde lo más alto de mi copa hasta abrasar mis pies hundidos en la tierra.

Creí morir en ese instante, y en realidad creo que así fue. Seguramente lo que quedó de mí fue solo el recuerdo, una fantasmagórica estampa que de vez en cuando vienen a fotografiar turistas despistados, aquellos que creen guardar el alma de todas las cosas dentro de su cámara de fotos.

Pero ellos marcharán y yo permaneceré aquí, porque no tengo donde ir. Me quedaré en esta carcasa fría y negruzca mientras pueda, mientras nadie cercene la madera que me une al suelo, mientras nadie decida reducir mi cuerpo a cientos de astillas.

Yo os cuidé y protegí. Siempre estuve a vuestro lado.

Y ahora, si me dejáis, pienso seguir aquí, partido en dos, quemado, desnudo.

Fui, soy y seré un roble, el roble de Garciaz, aunque ya no dé sombra ni cobijo, aunque ya nadie venga a hacer el amor las noches sin luna bajo mi copa, aunque los chiquillos ya no quieran jugar en mi regazo, aunque los pájaros ya no puedan dormir entre mis ramas... aunque hasta yo mismo haya olvidado que existí.

Soy el orgullo de una tierra.

Soy el alma de un pueblo.

Fui, soy y seguiré siendo por siempre el roble centenario de Garciaz.

FIN